ÍNDICE

Woo-jin	13
Entrevista con Luke Piper. Primera parte	61
Abby Fogg	79
Entrevista con Luke Piper. Segunda parte	133
Skinner	143
Entrevista con Luke Piper. Tercera parte	189
Neethan F. Jordan	203
Woo-jin y Abby	229
Entrevista con Luke Piper. Cuarta parte	247
Skinner	265
Entrevista con Luke Piper. Quinta parte	291
Neethan	311
Abby	323
Entrevista con Luke Piper. Sexta parte	329
Skinner	343
Entrevista con Luke Piper. Séptima parte	357
Nueva York Alki	363
Entrevista con Luke Piper. Octava parte	385
Nueva York Alki	397
Entrevista con Luke Piper. Novena parte	419

PLANOS DEL OTRO MUNDO

MIL-OOW

El mundo estaba lleno de basura preciosa. Woo-jin la atravesaba de regreso a casa, e iba escrudiñando el campo del final de la pista en busca de latas de aluminio, trozos de alambre de cobre, minerales raros extraídos de ordenadores destripados. Encontró una caja de cervezas, pero quien la hubiese tirado había vuelto a meter las botellas vacías en sus huecos de cartón. Pateó la caja v meneó una bolsa de sobras que le colgaba del dedo. Como lavaplatos profesional él sólo recuperaba comida de los desperdicios cuando estaba seguro de no ser sorprendido por ninguno de sus compañeros. Si éstos reparaban en el envase de poliestireno colocado encima del lavaplatos industrial Hobart, pensarían que se trataba de un pedido que alguien no había llegado a recoger por la ventanilla de servicio, y si por casualidad veían que a la hamburguesa de dentro le faltaba un bocado, pensarían que habría sido cosa del propio Woo-jin y no que la hamburguesa ya había sido mordisqueada anteriormente. Esta hamburguesa en particular la había sacado de un cesto de plástico junto con una masa cuajada de patatas fritas con salsa espesa. Woo-jin era consciente de que Patsy, su hermana adoptiva, iba a querer para ella esta hamburguesa. Él podía o bien comerse la hamburguesa y las patatas con salsa ahora, en el campo, e irse a casa repleto pero sin tener que compartirla con Patsy, o bien aparecer con la comida y que Patsy se pusiera a berrear sobre quién necesitaba más los tres cuartos de hamburguesa. Patsy le recordaba constantemente cuánta suerte tenía él de trabajar en un sitio donde la comida era gratis. Si se presentaba con las manos vacías ella le acusaba de no traer comida a casa a propósito. Sólo se mostraba agradecida cuando él llevaba una tarta entera. Por lo general la tarta era de manzana, o más bien de ruibarbo. A veces, cuando tenía que decidir entre llevarse algo que les gustara tanto a él como a Patsy o algo que sólo le gustase a él, se decantaba por esta segunda opción para no tener que compartir. Y si no llevaba nada tenía que ponerse a preparar cualquier cosa nada más entrar porque habitualmente ella se olvidaba de comer y estaba de malhumor y le llamaba capullo a gritos. Aun cuando era a ella a quien le estaban creciendo penes en las tetas.

Un avión de UPS pasó volando bajo como un terremoto en el cielo.

¡Aleluya, aquí había una lata de Bud Light! Woo-jin la agitó para escurrir las últimas gotas de color orina y deslizó su presa en una bolsa de plástico, otra donde no llevaba la comida.

¿Le caía bien siquiera su hermana adoptiva? ¿Patsy? En realidad nunca se hacía esta pregunta, consideraba a Patsy con la misma indiferencia que los trapos con que él mismo se vestía o el camino que tomaba hacia el trabajo. Patsy meramente existía. ¿Qué era ella, en todo caso? ¿Qué hacía, mientras él estaba trabajando? Era como si ella fuese en parte casa, en parte televisión, y en parte algo con que ocupar las cañerías, un medio para cobrar dinero del gobierno a cambio de cultivar fármacos y tejidos en su cuerpo de talla extra-grande. Pues Patsy era una farmacultora. Condición a la que había llegado de la siguiente manera: primero se había atiborrado de comida hasta alcanzar un tamaño que restringía sus movimientos, luego tal restricción de movimientos había dado lugar a que en una ocasión se hiciera daño en una mala caída, haciéndose cisco la espalda, y ahora, como tenía la espalda hecha cisco, no podía conseguir un empleo normal, y como no podía conseguir un empleo normal era candidata perfecta para el farmacultivo, actividad que implicaba estar la mayoría del tiempo tumbada en la cama viendo vídeos edificantes. Así pues ella recibía una paga mensual que le permitía comer lo bastante para mantener la talla extra-grande sin tener un empleo que le exigiera moverse, no como el de Woo-jin, donde las prisas del mundo llegaban de manera rutinaria en forma de estallidos verbales escupidos de labios del gerente. Como en aprisa, bastardos, tenemos que alimentar a toda la fraternidad de los Elks Lodge. Patsy enchufaba la cara a la comida y los ojos a la tele. Iracunda, temblaba como un flan si Woo-jin no le daba de comer con el dinero que recibían de la paga y la comida basura extra recuperada del restaurante donde Woo-jin hacía turno doble para pagarle a ella la comida.

Woo-jin dio un puntapié a un silenciador de coche que, por la razón que fuese, estaba allí tirado. El despegue de un avión, al parecer un jet privado, le alborotó el pelo a su paso por las alturas.

Woo-jin no se sentía especialmente hambriento. Si reservaba los tres cuartos de hamburguesa para después, sin duda Patsy querría algo e incluso podría llegar a comérsela entera. Si se la comía ahora, al menos la tendría para él solo, si bien cabía que luego le entrase hambre de verdad v no tuviera algo tan rico que llevarse a la boca. como fideos chinos sin aliño (a Patsy le gustaba ponerse doble ración de aliño, de modo que a final de mes los únicos fideos que quedaban —de donde ella había sacado el sobrecito de aliño extra— sabían al cartón del envase). Había que considerar también el asunto de las patatas fritas. Éstas, al cabo de unos meros quince minutos fuera de la freidora, empezaban a deprimir al comensal debido a su frialdad. Una vez la grasa comienza a cuajar, en fin: se acabó lo que se daba, amigo. De ahí que, considerando la amenaza de las patatas heladas más la posibilidad de no llegar a probar los tres cuartos de hamburguesa, Woo-jin abriese el envase de poliestireno y tomara asiento sobre una sección arrancada de un avión. Ésta era como una nevera grande tumbada de costado, pintada de verde y con protuberancias.

Sobre el asfalto, a cierta distancia, una pareja de sillones se bamboleaba contra el cielo. Éste tenía hoy un aspecto púrpura y aerografiado como la portada de un álbum de una banda de drogatas. Patsy conocía un montón de bandas de drogatas y sus mensajes secretos. Ella le mostraba algunas de estas portadas en libros que conseguía en la librería Buenas Noticias. ¿Qué buenas noticias serían esas? ¿Que unos tíos de braguetas con remaches intentaban controlar su mente para obligarle a aclamar a Satán y esnifar cocaína como un follacabras?

Woo-jin se sirvió un chorro de kétchup de un sobrecito que llevaba en la cazadora. Sólo había cogido uno porque técnicamente estaba robando, por tanto éste tenía que durarle. A ninguna patata podía tocarle más que un goterón de kétchup. Una decisión de racionamiento. Le fastidiaba haberse llevado deshonestamente el sobre, pero qué le iba a hacer. ¿Comer patatas fritas cuajadas sin kétchup, como un tarado mental? No, gracias. Terminadas las patatas y la hamburguesa, devolvió el envase a su bolsa de plástico y en un silencio orgulloso declaró que él no era un contaminador. De hecho, él era lo opuesto a un contaminador. Recordando el motivo de haber dado un rodeo por este campo, miró en derredor para ver si había alguna lata rescatable en las inmediaciones. Cuando miró tras el componente metálico arrumbado, vio a la chica muerta.

Su primera reacción fue exclamar ¡Hay bichos, oh, no, ya hay hasta bichos! dados los tres insectos que se paseaban por la cara de la chica. Ésta tenía aspecto de asiática y llevaba una sucia camisa blanca y estilosa, pantalones negros y una sola bota de cuero también negra, el otro pie estaba descalzo. Los tres cuartos de hamburguesa y las patatas fritas le recorrieron el tronco y partieron horizontalmente de su rostro. Cayó de rodillas al otro lado de la máquina que parecía una nevera, jadeando, seguidamente se irguió despacio y volvió a mirar a la chica muerta, pensando, Por favor, esta vez sin bichos, ¡pero ahí estaban de nuevo! ¡Había bichos por todas partes!

Woo-jin se dirigió trastabillando hacia la vía de servicio sintiéndose... cuál es el mejor término... probablemente mal. No porque hubiese una chica muerta con suplemento de escarabajos, sino porque alguien le haría preguntas complejas. Con toda probabilidad un poli. Y él no quería hablar con nadie de servicios sociales. Estaba hasta el gorro de hablar con los de servicios sociales, de sentarse en salas de espera con folletos con títulos como El suicidio es una enorme putada para todos mientras abogados listos y sonrientes decidían su futuro en habitaciones cerradas. Le dolían los oídos a causa del frío, a la par que paradójicamente le palpitaban y ardían. Patsy tendría todo tipo de opiniones acerca de la chica muerta y los problemas en que probablemente se metería por no haber hecho las cosas de otro modo. ¿Qué más podía hacer? No tenía teléfono y no veía motivo para quedarse. Ojalá no se hubiera comido aquella hamburguesa. No sorprendía que el celebrado festín hubiese sido devuelto.

Woo-jin tenía veinticinco años y era coreano. Al menos de piel; nunca había estado en Corea. Vivía en la región del Pacífico Noroeste. Más concretamente, vivía en un barrio de mala muerte. El barrio en cuestión consistía en un conjunto de viviendas subvencionadas ubicadas entre la autopista y una zona de almacenaje de materiales de construcción donde retroexcavadoras, carretillas elevadoras, hormigoneras y grúas amontonaban cúmulos de material en bruto a horas obscenas. La caravana parecía haber sido cagada por una mansión. Cuando apareció, sacudiéndose, ante la puerta, encontró a Patsy donde la había visto por última vez, emporcando el sofá de la estancia principal iluminada por la tele, comiendo helado con trocitos de galleta de un cubo de cinco litros con una cuchara de madera. ¿Cuánto pesaba ya? Por encima de ciento ochenta. Tenía una felpa rosa en el pelo lacio y le faltaba un diente. En la tele había una película de acción, donde una señora con pantalones de cuero ajustados que le realzaban el culo disparaba pistolas automáticas con ambas manos mientras salía despedida de espaldas por la ventana de un rascacielos perseguida por unos tipos trajeados con semiautomáticas que proferían a cámara lenta las palabras, *Dinos dónde está el mesías o lo pagarás con tu* [pitido]*ta vida*. Aunque no había visto aquel episodio, Woo-jin reconoció que se trataba de *Stella Artaud, la Asesina Neohumana*, por la imagen de los carteles.

- -¿Qué trajiste, cabrón? —dijo Patsy.
- —No traje ná.
- —¿Entonces qué hay en esa bolsa?

Woo-jin se sorprendió al descubrir la bolsa con la caja vacía de la exhamburguesa aún colgándole del dedo.

- —Había una hamburguesa.
- —¿Te comiste mi hamburguesa?
- -Estaba mala. La vomité.
- —Pero mira que eres injusto. Lo único que haces es comer cosas gratis y beber refrescos gratis mientras yo no paro de cultivar tejidos todo el día.
 - —También lavo platos, sabes —dijo Woo-jin.
 - -Parece que hubieras visto al fantasma de la ópera.

Woo-jin buscó en la zona de cocina y encontró un vaso que llenó de agua. A continuación, bebió. «Vi un cadáver», dijo, y comenzó a sentir el agobio. Término impropio que un asistente social había utilizado en una ocasión para denominarlo. Un arrebato infernal de empatía feroz.

- —Necesito que me punces los granos —dijo Patsy. Woo-jin se escabulló en la sala de estar; es decir, giró el cuerpo y dio dos pasos. Patsy estaba sentada sudando bajo tres tubos fluorescentes parpadeantes, su cabeza era enana comparada con el cuello. Unas vendas le cubrían la parte del hombro izquierdo donde le habían extraído tejidos la última vez.
 - -Perdona, Patsy. Lo siento venir.
 - —¿Qué dijiste de un cadáver?
- —Dije que vi uno en un campo. Era una chica, muy bien vestida. Había bichos paseándose por encima de ella. —Woo-jin se sacó el protector bucal del bolsillo de la camisa y se lo deslizó entre los dientes. Trató de no

mirar hacia la cara gruesa y sudorosa de Patsy porque eso lo empeoraría, pero no pudo evitarlo y ahora empezó a pensar en lo ruin que había sido por comerse la hamburguesa de ella. Menudo egoísta. Esto significaba que la cosa iba en aumento, el ondulante, multitentacular y abrasador ataque de agobio. Empezó a quitarse los zapatos, consiguiéndolo únicamente con el primero, o séase, el izquierdo.

En la televisión Stella Artaud aterrizó sobre el techo de una limusina, se introdujo en ésta, y recibió una copa de manos del doctor Uri Borden, interpretado por Neethan F. Jordan. Quién. Lo. Hubiera. Pensado.

—¡Mis granos! —dijo Patsy—. Necesito que me punces los granos antes de que llegue mi asistenta social.

Woo-jin hizo frente al agobio cambiando a los pensamientos de siempre, marionetas con sombreros de fiesta, y fue al baño a buscar el cacharro de punzar granos. En realidad no había ninguna habitación separada llamada baño, tan sólo la de Patsy, donde estaba el retrete. Por comodidad. Las paredes de Patsy estaban decoradas con algunos de los mejores pósters de unicornios del mundo. A Woo-jin le gustaba uno de Chewbacca a lomos de un unicornio. A veces, mientras hacía caca, pensaba que ojalá pudiera pedirle consejo a Chewbacca. Como: ¿dónde puedo conseguir una de esas cananas espaciales tan útiles? El cacharro de punzar granos de Patsy: ¿dónde estaba? Aquí, encima de una novela de Harlequin. La cosa parecía una pistola. Salvo que en lugar de disparar balas a cámara lenta, esta pistola se hincaba en granos y los absorbía.

En la sala de estar, Patsy había rotado en el sofá, se había bajado las bragas y puesto el culo en pompa para dejar los granos al descubierto. Nadie había medido nunca aquel trasero pero Woo-jin calculaba que tendría quince kilómetros de ancho.

—Date prisa y empieza ya —dijo Patsy—. Los trabajadores llegarán pronto y no quiero que vuelvan a penalizarme por higiene, por ausencia de ésta.

- —Hablas como una persona de la tele —dijo Woojin—, con eso de las ausencias de tal. —Presionó la pistola contra el primer grano y apretó el gatillo; se oyó el siseo y resoplido del pinchazo y la extracción.
- —¿De qué iba eso de una persona muerta? —dijo Patsy.
- —Lo de esa persona muerta iba de estar sentado allí pensando que ojalá tuviera aún una hamburguesa.
- —Mentiste descaradamente con lo de esa hamburguesa.
 - -No mentí.
- —Luego tendrás que ir al súper a por cortezas de cerdo y salsa ranchera. ¿Qué más sobre la chica? La muerta.
- —Tenía bichos en la cara. Parecía buena persona. Debería llamar a la poli, ¿verdad?
 - —No te entiendo con el protector bucal.
- —Es que no quiero morderme la lengua. —Woo-jin soltó el revientagranos y se hundió los dedos en el pecho. Hiperventilando, cayó de rodillas y clavó las uñas en la moqueta como si bajo ésta hubiese alguna respuesta idónea a sus problemas. La gravedad pareció desplazarse a la izquierda, atrayéndolo todo en esa dirección. Resistiendo el impulso hacia ese lado, Woo-jin gateó hasta su hamaca. Tiritando, balbuceando, pestañeando, se encaramó sobre la malla e intentó desenrollar la delgada manta gris.

Una vez vio en la tele un programa sobre los animadores pioneros que inventaron los dibujos animados. Éstos hacían los dibujos en láminas de plástico transparente y las superponían como capas de un sándwich, ajustando la acción con el fondo. El agobio era un poco así, con el mundo de mierda real a modo de telón de fondo, yendo a su bola de mierda real, mientras que sobre éste, capa tras capa, había láminas de temor, planos de sufrimiento condensado, un manto macizo interpuesto entre el ser de toda la vida de Woo-jin y el oscuro infierno de las emociones. Era casi peor no desmayarse cuando sufría un ataque. En vez de ello, se veía obligado a ver a la gen-

te mirándole, con suerte a alguien como Patsy, la cual se había acostumbrado a los ataques, aunque a veces, cuando el agobio le sobrevenía en público, a algún extraño aferrado a un contenedor de periódicos y agachado ante él, o pasajeros que le ignoraban mientras él se retorcía sobre el suelo del vestíbulo de una estación de autobuses, v cuvos ojos decían, A este majara le ha dado algo asqueroso. En ocasiones los polis le recogían y se ponían a fastidiarle hasta que le pinchaban el dedo y obtenían un historial completo de la gota de sangre tamaño semilla de sésamo con que alimentaban sus vampíricos monitores Bionet. Anda. Este tipo está enfermo de verdad. No es un avatar. Tras lo cual quizá le echaran una manta por encima y se asegurasen de alejarlo tanto como fuera posible de los ciudadanos respetables. Y todo ello mientras él era incapaz de moverse como era debido, limitándose a sufrir escalofríos sin importar la temperatura que hiciese.

Ahora, en la relativa seguridad de la hamaca, a través de las rendijas de los ojos, vio a Patsy subirse las bragas y refunfuñar sobre hamburguesas. Obviamente el sufrimiento de ella era la causa primaria del ataque de agobio. Woo-jin la veía como la prisionera de su propio cuerpo que era, experimentaba con intensidad la tragedia de su esclavitud incomprendida. Y ahora con mayor intensidad. ¡El coro de alaridos! Lo había visto en una revista, la pintura de aquel tipo, Interpretación del retrato de Velázquez del Papa Inocencio X. Ahora se enfrentaba al sonido generado por aquel cuadro. Como el viento sibilante en el oído salvo que multiplicado, algo que le traqueteaba el cráneo, de origen desconocido. Era en momentos así cuando venía bien el protector bucal a mano. Woo-jin mordió tan fuerte que empezó a dolerle la mandíbula. En un par de ocasiones había salido del ataque incapaz de abrir la boca durante más de una hora. Ahora comenzó a experimentar aquel repiqueteo por todos los huesos del esqueleto, sus dedos aferraron y trituraron la manta gris como máquinas, la cara se le desfiguró alrededor del protector bucal, intentó recuperar mentalmente la presencia tranquilizadora de Chewbacca con su canana espacial montado sobre aquel unicornio, los mocos le salían a chorros por la nariz, este era un ataque de agobio de campeonato, amigos, y entonces, lo más horroroso de todo, se descubrió con el rostro de la chica muerta. No podía verlo, jamás se atrevería a mirarse en un espejo, pero sintió un espasmo de terror, convencido de tener la otra cara superpuesta sobre la suya, mientras el interior mucoso de aquélla se retorcía para encontrar agarre en su faz contorsionada.

Woo-jin susurró, «Patsy ¿Es mi cara mi cara?», pero ella no pareció oírle, y en todo caso no podría haber oído palabras, tan sólo un chapoteo de sonidos entrecortados amortiguados por el semicírculo de caucho que tenía metido en la boca. Además, ella estaba acicalándose para la visita de Hattie, su asistenta social, recolocándose la felpa en la cabeza, aburrida a estas alturas de esta clase de actividad de su compañero de caravana/hermano adoptivo, todavía dolida por su hamburguesa abortada. Patsy apretó el grueso pulgar contra el mando a distancia y cambió las secuencias de artillería al ralentí por Consejos de Moda para las Hermosamente Obesas, en el Discovery. En la pantalla apareció una mujer desnuda en el acto de ser preparada para su prueba, los fardos de grasa anulaban cualquier vista de regiones de contenido adulto. Como un riachuelo de sufrimiento secundario, este nuevo derramamiento de triste humanidad se unió a la porción de respuesta empática del cerebro hacia Patsy y a continuación amplificó el ataque de agobio de Woojin, que previamente había empezado a remitir en cuestión de intensidad. Conforme volvía a arreciar, la presentadora de Consejos de Moda para las Hermosamente Obesas midió y marcó los brazos de la mujer de la tele con un rotulador. Chewie, ¿dónde estabas cuando más se te necesitaba?

Woo-jin cayó de la hamaca, como de costumbre. Pasaba continuamente. Motivo por el cual bajo aquélla había almohadas dispersas y una jarapa dorada con incrustaciones de trocitos de corteza, pelo, un envoltorio de chicle, un mondadientes, la presilla de plástico de una bolsa de pan. Lo peor del ataque había pasado definitivamente y Woo-jin se deslizó en una fase de insensibilidad vibrante, silenciosa e inmóvil. La puerta pareció llamarse sola y acto seguido entró Hattie sin esperar contestación. Ésta era una mujer de aspecto maternal con gafas y pelo encrespado, ataviada con un chándal marrón de fibra artificial, abrumada por un bolso ordinario rebosante de notas, chicles de nicotina y botellas de agua a medio consumir. Sus ayudantes, dos sujetos más jóvenes con monos de trabajo blancos y guantes de látex a quienes ella se refería como Cosa Uno y Cosa Dos, entraron a su zaga portando equipos en macizas fundas metálicas que comenzaron a descargar.

—¡Patsy! ¡Tienes un aspecto fabuloso! —dijo Hattie, abrazando una parte de la mujer. Patsy se quedó más o menos callada y enrojeció. A Woo-jin le asombraba siempre que la misma Patsy que le tocaba los cojones por cosas como cortarle mal su tostada se convirtiese en esta ratoncita dócil en el momento de las extracciones. Hattie esparció sus pertenencias sobre la barra de la pequeña cocina para sacar un estetoscopio y embutir una cinta VHS en la boca del reproductor de vídeo—. El episodio de esta semana te va a encantar —dijo, apretando el PLAY. Mientras la cinta comenzaba, cogió la mano de Patsy y le acarició los hoyuelos de los nudillos.

En el televisor apareció la introducción estándar, la misma que veían semana tras semana. Salieron una playa con las siluetas de una pareja cogida de la mano, una cascada, un arcoíris sobre un campo donde un tractor araba a lo lejos. La música consistía en un solo de guitarra acústica, lastimero aunque edificante. Sobre la imagen de una granulosa puesta de sol se materializó un título, RESULTADOS DE TU GENEROSIDAD, y bajo éste el logo de Bionetics. Tras ello la música adquirió mayor brío, instalándose en una suerte de dinámica industriosa. Tomas de calles ajetreadas, un conductor de coches de

carreras con los pulgares levantados, una pirámide humana de entusiastas animadoras. A continuación vino el meollo del programa, la parte que había cambiado desde el mes anterior. Apareció un crío de piel oscura jugando con camiones en un jardín de infancia junto a otros críos, haciendo los habituales ruidos de camión. Por encima surgió la voz de un narrador de tono franco. «Juan nació sin pulgares. Muchas de las actividades que damos por descontado, él no podía realizarlas. Ahora, gracias a tu generosidad, puede abrir tarros, subir por la soga en clase de gimnasia e incluso chocar esos cinco con sus amigos. Juan ya no choca esos cuatro. Te estamos muy agradecidos...» En este punto el audio se cortó un segundo. La voz de Hattie completó la frase con un «Patsy». Seguidamente regresó la voz del hombre, «La cirugía reconstructiva que somos capaces de realizar con los tejidos que nos has proporcionado fue decisiva. ¡Gracias!». Después siguieron tres o cuatro segmentos en esta vena, donde se mostraban sendas personas que debían su nueva existencia a Patsy. Un tipo ciego que ahora distinguía formas, un tetrapléjico que había empezado a dar pasitos. Patsy estuvo sorbiéndose la nariz durante toda la cinta, emocionada. Woo-jin nunca había visto nada parecido durante un ataque de agobio. Ahora no sintió ninguna respuesta empática a esta secuencia de anécdotas. En lugar de verse absorbido por el sufrimiento de estas personas, se sentía vacío. Sopesó la sensación mientras Hattie frotaba uno de los hombros de Patsy y le ofrecía un pañuelo de papel y Cosas Uno y Dos conectaban todo tipo de instrumentos y monitores en enchufes y disponían una lona sobre el suelo de la sala de estar. Esta era la parte preparatoria previa a la parte de la sangre y los ruidos raros, la parte que Woo-jin más detestaba. Hattie ayudó a Patsy a quitarse la bata y sentarse en una silla plegable de microtubos de carbono. Los avudantes orbitaban alrededor de ella, tomando muestras, levantando cortinas de carne, presionando diversos equipos contra partes inidentificables de su anatomía. Hattie introdujo otra cinta

para regocijo de Patsy, un concierto en vivo del cantante Michael Bolton.

Esto es lo último, pensó Woo-jin. Se acabó. Se giró hacia la pared, obligándose a no ver, pero sus manos no fueron capaces de bloquear el estridente chirrido dental de la sierra y el gorgoteo irregular de la aspiradora. Lo peor era cuando olía como a pelo quemado. Mientras le extraían tejido renal de la rodilla, Patsy cantó en voz baja una balada de Michael Bolton que iba de un hombre tan enamorado de una mujer que dormiría bajo la lluvia si así era como ella decía que debían ser las cosas.

Woo-jin despertó en la hamaca. De la habitación contigua llegaban voces de personas. Estaba muerto de hambre. Siempre se sentía igual tras el ataque de agobio, la voracidad, y esta vez era peor porque había expelido la hamburguesa a la vista del rostro arrasado de bichos de la chica muerta. Woo-jin se dejó caer de la hamaca y atisbó a través del umbral del salón, donde las Cosas terminaban de recoger, enrollaban la lona, metían ensangrentadas toallas de papel en una bolsa de basura. Hattie estaba sentada con Patsy en el sofá, acariciándole el pelo. Patsy estaba cubierta de vendas y en pleno llanto postextracción, mientras en la tele el Juan antaño sin pulgares jugaba a la Wii con el mejor de sus nuevos apéndices.

- —Duele —dijo Patsy—. Duele más que la última vez.
- —Vamos, querida, mi niña —dijo Hattie—. Tú nada más tómate tu medicina y piensa en Pegaso, al galope entre las nubes.
- —Un unicornio alado *no* es un pegaso —dijo Patsy, y se sorbió la nariz.

Woo-jin se arrastró hacia la nevera como si su estómago le impulsara por el suelo. Nadie pareció advertir su acción pese a que la caravana apenas tenía dos metros y medio de ancho. Cosa Uno estaba diciéndole al otro:

—Sí y oí que un tío de Argentina o donde fuese cultivó una cabeza humana entera en su cavidad abdominal.